La feliz vocación de Vera

Marina Saravia

◆◆◆

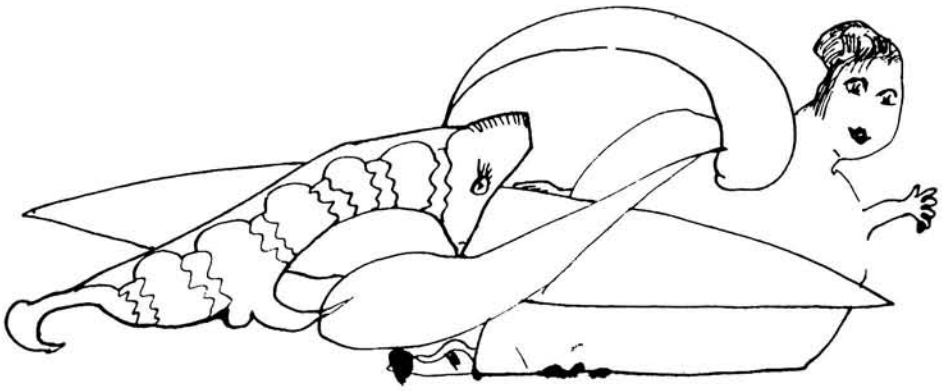
En una amplia sala en la que se ha acondicionado un foro, la pequeña Gabriela Vázquez Shaffino observa atenta y asombrada a su padre, que coloca mecheros de carbón y estudia los efectos de las luces; su madre da indicaciones finales a los actores, se ultiman detalles en la escenografía. Una vez más, la magia del teatro está por iniciar. Gabriela la aguarda, expectante, y sin saberlo aún, comienza a abrirle los brazos al destino. Su vocación le habla desde la cuna, ella la escucha, la descubre, le es fiel.

De los juegos teatrales infantiles, mera diversión y entretenimiento, pasa al estudio y trabajo disciplinados. Gabriela se transforma en Vera. Hace más de cincuenta años que se dedica, de manera profesional, a actuar, dirigir, escribir y adaptar obras para teatro, radio y televisión.

Dueña de una profunda y abundante vida interior, de una recia voluntad e inagotable energía, ha dejado fluir su ser por los caminos del arte. Su creatividad y talento han llegado a miles de colimenses que como actores, alumnos, lectores, público o auditorio han querido compartir, en mayor o menor medida, la feliz vocación de Vera.

"El teatro es mi vida. La sola palabra me hace sentir completa. Es un arte que enriquece a la persona, nos saca de nosotros mismos y nos convierte en dos, tres, diez, los que queramos ser", nos dice Vera Vázquez, con la seguridad absoluta y serena que sólo el tiempo confiere. "Amo al teatro porque es altamente formativo, te prepara para enfrentar lo que la vida te presente, da la capacidad para comprender a los demás, las situaciones, en una palabra, te hace crecer."

"El arte teatral es como si te estrellaras en un espejo y cada partecita te reflejara en una forma



y otra y otra y otra. Hay que buscar el destello del personaje que nos ha tocado y comenzarlo a integrar, como un rompecabezas; adentrarnos en su mundo, en su ser mismo, saber quién es, de qué familia proviene, a qué época pertenece, la cultura que lo rodea, en fin, todo lo que constituye el mundo de una persona. Al mismo tiempo, hay que despojarse del yo interno, para dar espacio al nuevo ser; tal como si te quitaras un vestido y te pusieras otro. El actor que no llega a esta mutación no es un verdadero actor", puntualiza Vera Vázquez.

Como alumna de la Escuela de Bellas Artes, a la que ingresa en 1942, Vera recibe las enseñanzas de Seki Sano, quien viene invitado por el gobierno de México para impartir cursos de teatro. "Ese hombre fue sin duda un genio. Trabajó personalmente con Stanislavsky y nos transmitió el pensamiento de este gran reformador. Seki Sano rompió los moldes en que estaba encajonado el teatro mexicano, vino a revitalizarlo y yo tuve la fortuna de aprender de él, además de técnicas, conceptos de fundamental importancia, sin los cuales no puede concebirse cabalmente, en toda su dimensión, lo que es el teatro, el actor y el director", explica.

"Este arte, decía Stanislavsky, y así nos lo transmitió Seki Sano, exige una auténtica humildad. Requiere que el actor sea capaz de desprenderse totalmente de su propio yo y asumir el de otro, dejarse guiar, no defender el ego, sino entregarse al personaje. Esta actitud no puede llevarse sólo en escena, hay que prolongarla en la vida diaria, por eso el verdadero actor desarrolla una gran capacidad para comprender a los demás, para aceptarlos, perdonarlos.

"El director también debe ser humilde, guiar a los actores con amor. Ellos merecen la sonrisa, el respeto, la concordia. A muchos les da miedo la humildad y tarde o temprano dejan el teatro; otros se entregan de lleno y progresan. Yo

siempre digo a mis alumnos: Con el teatro vamos a crecer, y crecer duele, pero salen alas. Por eso me gusta tanto la dirección, porque cuando ha pasado el nerviosismo de los ensayos, la euforia de la presentación, el actor ha cambiado, adquiere nuevos valores, nuevas seguridades, se siente absolutamente feliz."

El teatro vale por su mensaje

"Stanislavsky afirmaba que el teatro es un atributo de los pueblos educados. Solamente de ellos", dice Vera, "y yo comparto totalmente esa opinión; veo en el teatro un medio óptimo para la formación y educación. Por eso me gusta escribir, adaptar, dirigir, actuar; son diferentes formas de dar a los demás".

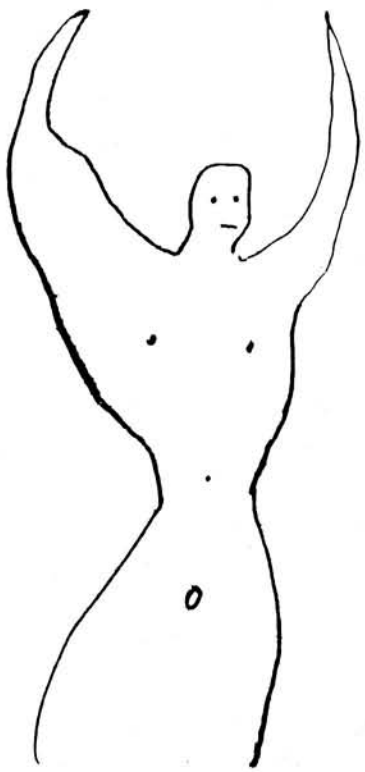
"El teatro puede llevarnos a ser una mejor sociedad, a conocernos más profundamente, porque una buena obra es, en gran medida, un espejo de la realidad; va más allá de una simple diversión pasajera."

¿Con las adaptaciones y las obras que ha escrito busca moralizar al público?

"Sí, mi objetivo es educar, presentar historias que propongan valores, ideas, situaciones que dejen algo positivo en la gente. Para mí es básico tomar en cuenta que el público está vivo y que puede vivir mejor. Este concepto lo he defendido y sustentado como mi tarjeta de presentación."

¿Por qué le gusta adaptar obras?

"Por el mensaje. Si hay un mensaje que a mí me interesa y considero que puede servir, inmediatamente estoy imaginando cómo se vería en el teatro. Hay



obras cuyo sólo título me atrapan, como *La Bendición de la Tierra* de Knut Hamsum.

¿Cuáles son las principales dificultades de la adaptación?

"Lograr que el público capte el mensaje. En la adaptación todo se hace pensando exclusivamente en el público, es el motivo de la adaptación, no es expresarse uno mismo y mucho menos competir con el autor; lo que se busca es que la gente interprete, con el lenguaje propio del teatro, el mensaje que plantea el autor en la obra original. Este fin justifica los cambios de cualquier índole. Creo que uno tiene la libertad de transformar la obra en aras del mejor entendimiento y aceptación del público.

"A veces este "traslado" resulta sencillo, aunque se trate de una obra compleja. Por ejemplo, adaptar *El Quijote* fue muy grato, no

tuve tropiezos, él unió sus pasos a los míos hasta el final. Me dejó muchas satisfacciones, tuve la suerte de montarla con niños y la presentamos incluso en el teatro Juárez de Guanajuato y el Alarife de Guadalajara. Es una pieza poética, tranquila, que se hace querer."

¿Y cuál ha sido difícil?

"*El Dios Ciego*. Con esa obra abrí la jaula del dragón y me topé con él."

¿Pero lo venció?

"Sí, aunque me costó mucho trabajo, no me satisfacía, tuve que modificar sobre la marcha varias cosas, porque dudaba de que la gente pudiera entender el mensaje de la obra, actual a pesar de haber sido escrita 300 años antes de Cristo. Sin embargo, nosotros no reímos con los mismos chistes que los griegos en la época de Aristófanes, ni entendemos a los personajes originales, fue necesario transformar a varios de ellos para lograr la comicidad, alterar el ritmo para conseguir el equilibrio, suprimir y modificar escenas buscando la teatralidad como ahora se concibe. Todo esto no resultó fácil."

Las obras que Vera ha escrito se deben a la necesidad que en determinados momentos vivió de montar piezas accesibles y que al mismo tiempo ofrecieran un mensaje adecuado a la época actual, por ejemplo, *El pintor de la vida* (1974), *Sonda 69* (1969), *Dentro y fuera* (1973), *A la manera de Jerías* (1974), *La poza de los espíritus* (1975) y muchas más. Otras nacieron por encargos específicos para conmemorar una fecha especial. Tal es el caso de *La muerte de Juárez* (1972), escrita con motivo del centenario de su fallecimiento y *Caxitlán fue* (1973), cuyo argumento refiere el nacimiento de la Villa de Colima, para celebrar los 450 años de fundación.

De esta pieza Vera Vázquez guarda un recuerdo muy especial: es, afirma, "el mejor trabajo que he escrito en mi vida. Esto se debe a dos razones fundamentalmente, la primera es que tuve la gran fortuna de trabajar a la sombra de un hombre maravilloso y sabio: el maestro Felipe Sevilla del Río; era como si me iluminara cuando hablaba y yo me apegué a lo que él decía; la segunda, a que yo atravesaba por un momento de especial lucidez, las ideas y las palabras me fluían con una facilidad que aun ahora me causa asombro. Son periodos de un don particular que a todos nos da la vida y yo tuve la suerte de aprovechar".

Sin embargo, no todo lo que Vera ha querido hacer en teatro lo ha logrado. "Yo esperaba trabajar más como actriz, pero en ese aspecto no tuve suerte. Pocas veces representé el personaje que más me atraía. Recuerdo por ejemplo la obra *Salomé*, de Óscar Wilde, me hubiera encantado ser Heroídas, pero yo era delgada, pequeñita, no servía para eso. No obstante, le tengo cariño a esa obra porque ahí conocí a mi marido, que hacía el papel de esclavo. Por cierto que la escenografía era de Alejandro Rangel, bellísima; levantaban el telón y la gente se quedaba pasmada al ver aquella rampa que subía y allá, al fondo, la luna... Comenzaba: "Qué extraña está esta noche la luna... ¿verdad Salomé?", repite en voz baja y trae con la mirada medio siglo de vida y recuerdos.

Entre las actuaciones que más satisfacciones le aportaron figura



Leporela, que adaptó para la televisión de un cuento de Stefan Zweight. "El personaje constituía un reto enorme. Representé a una sirvienta con alma de perro. Fue un papel muy difícil que exigía aplicar todas las técnicas, una gran concentración y enorme expresividad, pero estaba preparada para ello y lo hice bien. Recuerdo que durante el periodo de preparación de la obra observaba yo a todos los perros que encontraba, en mi afán por adentrarme en el personaje y transmitirlo. En *Leporela* trabajé al lado de Wolf Rubinski. Otro que me gustó fue el de Eugenia de Montijo, esposa de Napoleón III en la obra *Corona de Sombras* (de Rodolfo Usigli), que sin ser protagónico, era un papel serio, que brillaba."

Formación y ejercicio profesional

Como hemos dicho, Vera se inicia en el teatro desde muy pequeña, cuando su familia vivía en Guadalajara. En 1930 se trasladan a Colima donde radica hasta 1942. "Esos años me convirtieron de tapatía en colimota. Llegué aquí de 13 años y me conmovió profundamente cómo esta tierra me ponía la naturaleza en las manos. Me enamoré para siempre del verdor de Colima al que he cantado continuamente, al Colima verde, verde de palmas, y de pericos y de limón."

"Además", continúa Vera, "como era muy pequeña, sólo caminábamos cuatro cuadras para

un lado, cuatro para otro, 14 a la derecha y 20 a la izquierda y salíamos de la ciudad para llegar a una efervescencia de frutos, de luz, de belleza; íbamos a las huertas cuajadas de anonas, mangos, pitayas, pomarosas; nos bañábamos en los tanques... esa vida era un poema. ¿Cómo no iba a amar a este lugar, a añorar siempre el regreso?"

A raíz del temblor de 1941 la familia Vázquez Shaffino se traslada a la ciudad de México y Vera ingresa a la Escuela de Bellas Artes, donde no sólo estudia teatro, sino pintura, escultura, locución y danza, entre otras disciplinas.

¿Qué maestros recuerda de esa época?

"Tuve excelentes profesores. Entre otros me dieron clase Rodolfo Usigli, Fernando Wagner, Xavier Villaurrutia, él impartía adaptación. Era un hombre muy serio, hermético, contundente, tajante, se dirigía a sus alumnos con frialdad, imposible para nosotros amigar con él. Salvador Novo era todo lo contrario, afable, bromista, frecuentemente nos invitaba a su casa, a mí me encantaba porque hervía de naturaleza, había plantas por todas partes, guías que subían por las paredes; como yo, era un enamorado de lo verde. Muy fino, él era caballero elegante, el caballero de la buena palabra, vestía impecablemente y disfrutaba al sentirse querido por los demás."

¿Y de sus compañeros, a quiénes recuerda?

"Fuimos un grupo muy unido, varios destacaron como actores de primera línea, López Tarso, Guillermo Orea, Beatriz Aguirre, Carmen Montejo, Tara Parra, entre otros. Con ellos compartí el cambio del teatro mexicano que, como he dicho, se debe a Seki Sano."

Al finalizar los estudios escribe *Campirana* (1948), obra costumbrista con la que busca explicar el significado y origen de muchos regionalismos colimotes. Con esta pieza gana un concurso que le permite ingresar a la Asociación de Autores y Compositores de México. Registra su nombre como Vera Vázquez. "Ese es el seudónimo que yo había empleado en el concurso y quise conservarlo. Vera era el segundo apellido de mi marido."

Durante más de 13 años escribe guiones para radio y televisión y trabaja como actriz, al lado de Luis Manuel Pelayo, Ema Telmo, María Teresa Rivas, Mimí Bekelani y otros más. Por esa época escribe la serie denominada *Barreras de Orgullo*, patrocinada por Mauricio Garcés y Nancy Cárdenas.

Posteriormente, en 1964, ingresa como maestra de matemáticas, historia del arte y arte dramático en el entonces llamado Instituto Federal de Capacitación del Magisterio, organismo que le permite acercarse a Colima, pues la asignan a la ciudad de Guadalajara, donde, paralelamente a sus actividades de magisterio, se dedica a escribir y escenificar obras de teatro. Finalmente, en 1970, logra establecerse en Colima y se queda para siempre. Aquí, funge varios años como maestra de teatro en la Escuela Normal y en 1976 es directora fundadora del Centro de Educación Artística del INBA.

Un anhelo: nuestro teatro

Si analiza su vida con una mirada retrospectiva ¿se siente satisfecha con lo que ha hecho hasta ahora?

"En términos generales estoy contenta conmigo misma. Pude dedicarme a lo que me gustaba, no fui una mujer que se limitaba a los

quehaceres que se supone son exclusivos de su sexo, sino que abarqué muchas otras esferas que enriquecieron mi vida personal, la de mis hijos y mi pareja. Mi marido me dio lo más preciado, lo que no da nadie: tiempo. Me apoyó siempre, me hizo crecer las alas y me empujó a volar. También mis hijos, con su afecto, su comprensión, y en muchas ocasiones como actores, como consejeros y amigos."

¿Qué proyectos le gustaría realizar en el futuro?

"Estoy trabajando en la elaboración de pequeñas obras de teatro, adaptaciones de una serie de libretos para radio que escribí hace algunos años sobre anécdotas y personajes colimenses, que por cierto aparecerán compilados en un libro que se titula *Colima, presente* y que publicará la Universidad de Colima. Como anhelo tengo el volver a montar *El Quijote*, me encantaría escenificar de nuevo esa obra. Y mi sueño más querido es que tuviéramos un teatro, para que todos los que amamos este arte contáramos con un lugar seguro, que no lo utilizaran para otros fines, sino que continuamente se representaran obras de diversos géneros, lograr que en Colima existiera una verdadera cultura teatral."

¿Qué significó para usted recibir el Premio Colima en Artes?

"Tal vez pueda parecer una pose estudiada o falsa, pero la verdad es que me causa más inquietud que gozo, me siento extraña, nerviosa. Soy una mujer que prefiere la privacía, la intimidad del trabajo. Yo les agradezco a todos los que ven en mi quehacer algo digno de reconocimiento, pero como digo, es una distinción que me angustia."

Al recorrer la vida de Vera Vázquez va creciendo en profundidad y riqueza la imagen de esta mujer que, desde la adolescencia ha escalado peldaño por peldaño su propia vocación, sin rendirse, nutriéndose a sí misma con el estudio, el trabajo, el amor y la creación, para darse a los demás en el lenguaje sublime del arte ▲



